

Coleccionismo y poesía La Buenos Aires de Pablo Neruda

Celina Manzoni
UBA

Para Sarita Fusco

La poética de los homenajes

El carácter de homenaje a Pablo Neruda que reconoce esta presentación, podría comenzar especulando sobre las modalidades retóricas que la imaginación, pero también la práctica, atribuye a la poética del encomio. No sólo porque la ocasión lo merezca sino porque, espigando aquí y allá en la larga trayectoria de Neruda, algunos de sus contradictores recordaron siempre con inquina los numerosos homenajes siempre acompañados de banquetes, diplomas, declaraciones y regalos que el poeta recibió en vida. Los enemigos sospecharon siempre de la espontaneidad de tales reconocimientos y no es casual que en *El bacalo*, un reciente libro publicado en oportunidad de su aniversario se haya recopilado entre muchas diatribas antinerudianas, las referidas a la manía de los homenajes.¹ Es cierto también, que como se decía de Píndaro, sus poemas de homenaje a los héroes hacían más por la gloria de Píndaro que por la gloria de los héroes. Como sea, esta ocasión no puede evitar cierta sensación de agotamiento del homenaje nerudiano,

algo parecido a lo que sucedió hace unos años cuando en memoria de Borges los alumnos de nuestras sufridas escuelas primarias construyeron laboriosos laberintos. Por eso, pero también porque Neruda resulta absolutamente insoslayable, sea esto malo o bueno, es que voy a repetir las palabras de un no nerudiano como para que veamos los modos oblicuos que puede llegar a hilvanar un homenaje: “Cuando nuestros nombres ya nada signifiquen, su nombre seguirá brillando, seguirá planeando sobre una literatura imaginaria llamada *literatura chilena*”.²

Las formas del coleccionismo de Neruda

Para no desmentir una vocación de lateralidad del homenaje voy a recuperar desde otro lugar el coleccionismo de Neruda, no ya el de los reconocimientos sino más bien el de las cosas y el de los espacios para detenerme en la relación de Neruda con el paisaje ciudadano de Buenos Aires después de rememorar que hace poco tiempo tuve la oportunidad de visitar sus famosas casas en Chile: La Chascona en el cerro San Cristóbal de Santiago, la de Isla Negra y La Sebastiana de Valparaíso. Si bien es probable que las tres sean tan bellas como aseguran los folletos turísticos, el mayor encanto de la casa de Valparaíso y de la casa en Isla Negra que ni es negra ni es isla, lo mismo que Santillana del Mar que ni es llana, ni es santa ni tiene mar, se basa principalmente, creo yo, en su integración al paisaje: el adusto mar Pacífico casi al alcance de la mano en una y el mismo mar de la bahía de Valparaíso, lejano pero al mismo tiempo dominante, desde los sabios ventanales de La Sebastiana en lo más alto de una ciudad con vocación de altura. Los visitantes, en general, manifiestan mayor admiración por la multiplicidad de objetos que esas casas acumulan y conservan que por la

relación tempestuosa o distante con la naturaleza marina. Y quizá tengan razón habida cuenta de la contundencia del coleccionismo de Neruda.

Para el lector de la *Oda a las cosas* quizá no resulte excepcional pero sí conmovedor este afán coleccionista del poeta:

*Amo las cosas loca
locamente.
Me gustan las tenazas,
las tijeras,
adoro
las tazas,
las argollas,
las soperas,
sin hablar, por supuesto,
del sombrero.*

.....
*Yo voy por casas,
calles,
ascensores,
tocando cosas,
divisando objetos
que en secreto ambiciono:
uno porque repica,
otro porque
es tan suave
como la suavidad de una cadera,
otro por su color de agua profunda,
otro por su espesor de terciopelo.³*

Así, las calles se van constituyendo también en objetos coleccionables; el vicio de los paisajes y de las ciudades eleva a rango poético los itinerarios de una continua deam-

bulación que, iniciada en el territorio natal, va haciendo suya en círculos concéntricos, en líneas disparadas como flechas, en voluntad de altura, la vasta geografía de un universo que va desde Temuco en el sur de Chile hasta la casa de Condé-sur-Iton en la Normandía francesa donde escribió parte de uno de sus últimos libros: *Geografía infructuosa*. En la vasta enumeración de los espacios nerudianos no faltan París, Capri, Amsterdam, Cartagena, Madrid, Cauquenes, Calcuta, Bombay, Boroa, Esparta, Euzkadi, Osorno, Wyoming, Varadero, Vladivostok, Tepito-Te-Henúa en Rapa-Nui: “ombliigo del mar grande, taller del mar, extinguida diadema”.⁴ Goloso, recorre pequeños pueblos, descubre rincones escondidos y visita las ciudades más prestigiosas del planeta y las más insignificantes, en todas partes come, bebe, hace amigos, ama, recoge palabras, adquiere objetos que luego ocuparán los espacios privados, domésticos de sus casas; todo lo reúne su afán de coleccionista, su ansia de totalidad y su ambición de eternidad proclamada ya en el título de uno de sus primeros libros, *Tentativa del hombre infinito* publicado en 1925, un año después de los hoy increíblemente célebres *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

Neruda adora todo lo que toca; por la sensualidad de su gesto convierte en extraordinario aun lo trivial, ilumina lo desgastado y lo recupera para la vista y para la poesía. Cuando recuerda la edición de su primer libro, *Crepusculario*, en 1923, de nuevo se unen las cosas y la poesía:

*Yo siempre he sostenido que la tarea del escritor no es misteriosa ni mágica, sino que, por lo menos, la del poeta, es una tarea personal, de beneficio público. Lo más parecido a la poesía es un pan o un plato de cerámica, o una madera tiernamente labrada, aunque sea por torpes manos.*⁵

Entre el pan, la palabra poética y los objetos, también se encuentran los paisajes de los innumerables lugares que recorrió. No creo que haya sido el amor pero tampoco sólo la necesidad, los únicos sentimientos que llevaron a Neruda a pisar las calles de Buenos Aires en por lo menos diez ocasiones, la primera en 1927 cuando ya era Pablo Neruda pero no todavía el gran poeta laureado que pasó en 1972 de regreso para morir en Chile al año siguiente. A la propia fugacidad de ese primer encuentro, roce, habría que decir, en 1927, se le debe atribuir la también breve mención con que lo recupera en su contradictorio libro de memorias, aunque fuera un momento marcado por la presencia de un poderoso movimiento de vanguardia, por la publicación de las revistas *Martín Fierro*, *Proa*, de *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, *El juguete rabioso* de Roberto Arlt y cuando ya circulaban los poemas de *Fervor de Buenos Aires* (1923) y *Luna de enfrente* (1925) de Borges. Claro que Neruda siempre se mantuvo alejado de Borges, una escasa simpatía, que con otros pudo alcanzar los niveles de reconocida ferocidad, con la que siempre se distanció de quienes podían ser rivales literarios o contradictores en estética o política.

Hubo otro pasaje también breve en 1932, anticipo del período que va de agosto de 1933 a comienzos de 1934 cuando se desempeñó como cónsul de Chile en Buenos Aires, unos meses dominados por la presencia deslumbrante de García Lorca. Aquí se conocieron en la casa de Pablo Rojas Paz y aquí los unió la poesía en el banquete organizado por el PEN Club en el Plaza Hotel donde juntos pronunciaron un discurso en homenaje de Rubén Darío. Recuperando una suerte de la tauromaquia conocida como “al alimón”, consistente, según cuenta Neruda que le contó Federico, en dos toreros que enfrentan al mismo tiempo el mismo toro y con un único capote, cada uno de ellos sorprendió a los asistentes pronunciando

un solo discurso a dos voces que termina así:

NERUDA: Federico García Lorca, español, y yo, chileno, declinamos la responsabilidad de esta noche de camaradas, hacia esa gran sombra que cantó más altamente que nosotros, y saludó con voz inusitada a la tierra argentina que posamos.

LORCA: Pablo Neruda, chileno, y yo español, coincidimos en el idioma y en el gran poeta nicaragüense, argentino, chileno y español, Rubén Darío.

NERUDA Y LORCA: Por cuyo homenaje y gloria levantamos nuestro vaso.⁶

A la misma estadía corresponde en sus *Memorias* el recuerdo fascinado del gran coleccionista de libros, de objetos y de hombres, el millonario editor de *Crítica*, Natalio Botana y la complacencia en la memoria del poeta Pablo Neruda conquistador del amor de las mujeres hermosas. Y casi nada más, si se exceptúa luego la *Oda a Federico García Lorca* en la Segunda Residencia donde recuerda a algunos amigos de entonces:

*Si pudiera llenar de hollín las alcaldías
y, sollozando, derribar relojes,
sería para ver cuándo a tu casa
llega el verano con los labios rotos,*

.....
*llega una rosa de odio y alfileres,
llega una embarcación amarillenta,
llega un día de viento con un niño
llego yo con Oliverio, Norah,
Vicente Aleixandre, Delia,
Maruca, Malva Marina, María Luisa y Larco,*

*la Rubia, Rafael, Ugarte,
Cotapos, Rafael Alberti,
Carlos, Bebé, Manolo Altolaquirre,
Molinari,
Rosales, Concha Méndez,
y otros que se me olvidan.*⁷

Aquí recuerda en superposición temporal y espacial a algunos amigos de Buenos Aires y a algunos amigos de una España que, como se dice en México, está “al filo del agua”, al borde de la tormenta que expulsará y aventará a tantos españoles de la patria herida y dividida.

Es, como dije, en la casa de Pablo Rojas Paz y de su esposa, la Rubia, donde conoce a Federico García Lorca y es el tiempo en que Oliverio Gironde y Norah Lange se convierten en compañeros de correrías y donde una vez más, se une la pasión por las largas caminatas con la pasión del coleccionismo. Raúl González Tuñón recuerda el amor de Neruda por los libros raros y la búsqueda fructuosa de una caja musical parecida a la que había visto en la casa de Oliverio Gironde y que después de complicados traslados terminó en Isla Negra. Veinte años más tarde, en 1954, en la famosa fiesta de su 50° cumpleaños en Santiago de Chile, entre los invitados venidos de diferentes partes del mundo, algunas tan alejadas como China o la entonces llamada Unión Soviética, estuvieron los argentinos Norah Lange y Oliverio Gironde, María Rosa Oliver y Raúl Larra junto con Gonzalo Losada como para ratificar la fidelidad a viejas y queridas amistades anudadas en las noches de la bohemia y en los lances de la política.

La pasión política que también recorrió la vida de Neruda y que lo condujo a los muchos viajes, sabores y sinsabores, texturas y encuentros, a veces tediosos, también lo llevó en una de sus recaladas en Buenos Aires a la cárcel;

fue en 1957, bajo el gobierno de la llamada Revolución Libertadora, cuando vino a dar un recital de poesía y la Policía Federal lo encerró, sea por no perder la costumbre, sea porque recordó su militancia comunista, o porque era el autor de “España en el corazón” y del “Canto a Stalingrado”, o porque fue quien, en 1940, actuando como cónsul para la inmigración española, participó en la Comisión de Ayuda a los Refugiados Republicanos junto con personalidades de la política y la cultura argentina: María Rosa Oliver, Arturo Frondizi, Francisco Romero, José Luis Romero, Orfila Reynal. Recuerda el episodio en sus memorias bajo un título bastante tremebundo: *Preso en Buenos Aires*.

Fui recibido por la rutina carcelaria, la catalogación del prisionero y la requisita de sus objetos personales. [...] Se abrían y se cerraban rejas. La camilla cruzaba patios y portales de hierro; se internaba más y más profundamente, entre ruidos y cerrojos. De pronto me encontré en medio de una multitud. Eran los otros presos de la noche, más de dos mil. Yo iba incomunicado; nadie podía acercárseme. Sin embargo, no faltó la mano que estrechó la mía bajo las mantas, ni el soldado que dejó de lado el fusil y me tendió un papel para que le firmara un autógrafo.⁸

Funcionan la solidaridad y los contactos, al día siguiente es liberado y cierra la rememoración de sus breves prisiones:

Ya estaba por abandonar la penitenciaría cuando se me acercó uno de los guardias uniformados y me puso en las manos una página de papel. Era un poema que me dedicaba, escrito en versos primitivos, llenos de desaliño

*e inocencia como un objeto popular. Creo que pocos poetas han logrado recibir un homenaje poético del ser humano que le pusieron para que lo custodiara.*⁹

El coleccionismo de Neruda no se detiene ante nada; sean objetos naturales, como los miles de caracoles marinos primero maníaticamente reunidos y después donados a la Universidad de Chile, artesanales como las máscaras del lejano oriente atesoradas y en algún momento perdidas, los mascarones de proa, los frascos, los libros de ciencias naturales, de poesía, de geografía, los poemas propios que se acumulan y luego se ordenan para la publicación y los poemas de otros que son como objetos, soportes de recuerdos, una verdadera *memorabilia*, instrumento que en su trayectoria conecta coleccionismo y escritura.

En su vinculación con Buenos Aires parecen fundamentales los amigos y el espacio cultural que le garantiza no sólo un público devoto sino una editorial como la dirigida por don Gonzalo Losada, con quien inicia una relación fundamental en la difusión de su obra en el espacio continental; apenas un dato, en 1961 ya se había vendido un millón de ejemplares de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, el pequeño volumen editado por Losada en 1944. En el año de 1947, Neruda dicta conferencias multitudinarias, ofrece recitales de poesía y se abre a la relación con los escritores más jóvenes de entonces. Cuando todavía no ha estallado la rivalidad con Nicolás Guillén, se aloja en el departamento que el poeta cubano alquilaba sobre el Pasaje Güemes en la calle Florida. Sí, uno de los escenarios de “El otro cielo”, el cuento de Cortázar donde el Pasaje Güemes se entrecruza con la Galerie Vivienne de París. ¿Recordaría Neruda ese paisaje urbano de Buenos Aires cuando en París y siendo ya

embajador de su patria en Francia se relaciona con Cortázar? Es posible y vale la pena recordarlo cuando sabemos que en su cumpleaños celebrado el 12 de julio de 1972 en la casa de Condé en Francia, Julio Cortázar estuvo entre los invitados que disfrutaron la hospitalidad de un Neruda gozoso aunque ya gravemente herido por la enfermedad.

Poco después, como cumpliendo un ritual necesario pasa por Buenos Aires por última vez. Su declinación física entonces acompaña el menoscabo de un proyecto en el que había confiado; se va deteniendo su deambular confinado a una poesía que, pese a todo lo que se diga, todavía hoy nos conmueve, razón de más para que realicemos el mayor homenaje, el de la lectura, el único que quizás pueda satisfacer el oscuro anhelo de posteridad que acompaña al temblor de la escritura.

Notas

- ¹ . Leonardo Sanhueza (Comp.), *El bacalao. Diatribas antinerudianas y otros textos*, Santiago-Chile, Ediciones B, 2004.
- ² . Roberto Bolaño, “Carnet de baile”, en *Putas asesinas*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- ³ . “Oda a las cosas” en *Navegaciones y regresos* [1959], en *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1957, pp. 1574-1576.
- ⁴ . Canto XIV de “El gran océano” de *Canto General* [1950], en *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1957, p. 618.
- ⁵ . *Confieso que he vivido. Memorias* [1974], Buenos Aires, Losada, 1996, 13ª edición, pp. 67-68.
- ⁶ . Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, op.cit., p. 157.
- ⁷ . Pablo Neruda: “Oda a Federico García Lorca”, en *Residencia en la tierra 2* [1931-1935], Madrid, Cruz y Raya, 1935.
- ⁸ . *Confieso que he vivido*, op.cit. p. 309.
- ⁹ . *Ibidem*, op.cit., p. 309.